

## Pudor (Fragmento)

-Alfredo ¿Quieres... que conversemos de algo a solas? ¿En nuestro cuarto?

-No

-¿Quieres que conversemos en familia?

Hablaba lentamente, como si hablar más alto o más rápido pudiese causar una catástrofe.

-Sí. Quiero que les expliques a tus hijos por qué tienes una amante.

-¿Tienes una amante, papá? -dijo Mariana, la hija, más sorprendida que molesta?

-¿Qué es una “mante”?-preguntó Sergio, el hijo más pequeño.

-Lucy, será mejor que...

-Será mejor que lo expliques rápido.

-Lucy, no sé de qué estás hablando.

-¿Qué es una “mante”?

-Eres un mocoso ignorante.

-Chicos, váyanse a su cuarto un rato -dijo Alfredo-. Papi y mami vamos a...

-¡No! No se vayan a ninguna parte -dijo Lucy, la esposa-. Papi nos va a contar un cuento.

-Lucy, no sé qué te ha dicho Gloria, pero...

-¿Qué podría haberme dicho? ¿Ah? ¿Qué podría haberme dicho?

-La he despedido y está molesta. ¡Está loca!

-Para estar loca, tiene muy buena memoria. Porque sabe exactamente dónde está cada lunar de tu cuerpo, cada cicatriz -a Lucy se le comenzó a quebrar la voz. Ella, que era una experta en llorar, lloraba por primera vez de rabia-. Sabe que fueron al mismo hotel que íbamos nosotros, sabe que te gustan los sándwiches mixtos después de hacer el amor y sabe... ¡Sabe el color de la ropa interior que te compró la estúpida de tu mujer y que te pusiste ayer!

-¿Qué hacían en el hotel? -preguntó Sergio.

-Cállate, mejor nos vamos -dijo Mariana, la hija a su hermanito.

Lo tomó de la mano, pero Alfredo los detuvo con un grito.

-¡No! ¿Quieres que escuchen? ¿Quieres que los chicos lo sepan todo? ¿Decimos todos la verdad?

Muy bien. ¡Tu bolso, dame tu bolso!

El bolso estaba en una de las sillas del comedor. Ella trató de agarrarlo antes, pero él lo atrapó y lo levantó en el aire como un trofeo de guerra. Luego sacó un papel de adentro.

Y luego otro. Y luego otro más. Empezó a sacar decenas de pequeños papeles iguales, escritos con la misma letra.

Estaban en diferentes bolsillos del bolso, en todos los compartimentos, en la agenda y en el neceser cosmético. Eran miles. Alfredo empezó a leerlos en voz alta. Dijo varias veces palabras como tetas, culo, chucha. Mariana sintió vergüenza. Y Sergio sintió ahora un miedo que nunca había sentido con los fantasmas.

-Ahora, señorita fidelidad –decía Alfredo-, explícame quién escribe esto. ¡Dime! ¿Quién te escribe estas cosas?

-No lo sé –dijo Lucy en un susurro. Su boca estaba llena de lágrimas y mocos. Sus ojos estaban rojos. Ella estaba acorralada contra la esquina del comedor.

-¡Claro que lo sabes porque vas a verlo! ¡Te ofrece citas como si fueras una puta y tú vas tras él! ¡Y te encuentras con él! ¡Como una perra! ¡Mientras tus hijos juegan con sus amigos! ¿Ah?

-No...

-¿Cómo que no? ¿Quieres que siga leyendo? ¿No te ha quedado claro? ¿Quieres que diga las cosas que le has hecho? Están escritas con todo detalle. ¿Quieres que las diga?

-¡No!

-¿Quién escribe estas cartas, Lucy? ¿Quién te dice estas cosas?

-¡Yooo! –Lucy se quebró en un llanto cortado, interrumpido de hipos-. Soy yo la que escribo las cartas.

Mariana abrazó a Sergio. Alfredo se dio cuenta de que estaba en medio de la sala, sin corbata, con varios de esos papeles en la mano, como un predicador o un agente de bolsa acabado de arruinar. Tenía la boca abierta. Lucy había ido derramándose de su silla hasta caer al suelo. Seguía repitiendo que era ella la que las escribía. Alfredo miró la letra en uno de esos papeles. Podía parecerse, sí. Y la tinta era sin duda de la pluma que ella le había regalado en su último cumpleaños, la que él nunca había usado.

-Era un juego –decía Lucy-. Era sólo un juego...

Y sus palabras se disolvían entre sus lágrimas. Sergio sintió más miedo aún. Se soltó de Mariana, corrió hacia la puerta, la abrió y salió. Sus padres no se movieron. Alfredo tardó unos segundos antes de pedirle a Mariana que fuese a buscar a su hermano. Así se quedó solo con Lucy. Se arrodilló a su lado en silencio durante un largo rato. Trató de acariciarla pero ella se zafó. Había parado de llorar. Sólo tenía pequeños temblores esporádicos. Alfredo esperó aún más a que se calmase. Le acarició la espalda. Le rascó la cabeza como a ella le gustaba. Le tocó las mejillas, que estaban frías.

Fuente. Roncagliolo, S. (2006). Pudor. México: Alfaguara, pp. 170-172.